



www.loqueleo.com/ec

© 2026, Verónica Coello Game y Andrés Guschmer Tamariz

© De esta edición:

2026, Santillana S. A.

Vía a Nayón y De los Granados

Centro Corporativo Ekopark. Torre 5, piso 5

Teléfono: 3350 356

Quito, Ecuador

Parque Empresarial Colón

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-50-196-7

Impreso en Ecuador por

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Enero 2026

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Edición: Andrea Carrillo Andrade

Ilustración: Guido Chaves

Corrección de estilo: Alejo Romano y Nicolás Jara

Diagramación: Jenny Jácome

Cuaderno de actividades: Paola Fabara

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

La cápsula mundialista

Verónica Coello Game

Andrés Guschmer Tamariz



loqueleo

Para mis «Hems», quienes me han enseñado sobre la amistad eterna, la fortaleza de los árboles y que no hay que perder la esperanza cuando corres por tus sueños. Gracias por ayudarme a escribir la historia de mi vida.

Verónica Coello Game

Para Victoria y Sienna, mis nuevos refuerzos del mejor equipo que pude tener.

Andrés Guschmer Tamariz

Índice

| | |
|-------------------------------|-----|
| CAPÍTULO I | 25 |
| CAPÍTULO III | 31 |
| CAPÍTULO IV | 41 |
| CAPÍTULO VI | 55 |
| CAPÍTULO VII | 61 |
| CAPÍTULO VIII | 77 |
| CAPÍTULO X | 85 |
| FIN DEL DIARIO | 97 |
| CAPÍTULO XI | 111 |
| Epílogo | 135 |
| Listado de jugadores | 137 |
| | |
| Biografías | 141 |
| Cuaderno de actividades | 143 |



Era un martes lluvioso por la mañana. El fin de la construcción de un complejo de viviendas se acercaba. Pablo estaba preparando la impresora 3D que levantaría una casa nueva del suelo en pocas horas. No sabía que se llevaría una sorpresa tan temprano (*¿le gustará?; quién sabe*). El jefe de los obreros apareció en la entrada del campamento y lo llamó con urgencia:

11

—¡Ingeniero, venga a ver lo que hemos encontrado debajo de los cimientos!

—Vamos a ver de qué se trata. No puedo creer que no hayan retirado todos los escombros de aquella última oficina que quedaba en pie. ¡Si hasta vamos con retraso! —comentó Pablo con el ceño fruncido.

Se acercó a una pared en ruinas y detrás de un muro pudo observar la cabeza de un cilindro metálico. Los obreros trataron de desenterrar aquel tesoro escondido que estaba enganchado entre las raíces de

un árbol mutilado. Pablo pidió una pala para que se hiciera más fácil el trabajo, pero no la tenían a mano. Esa herramienta ya era como un dinosaurio.

El jefe de los obreros llegó con una pala improvisada. Pablo procedió a excavar alrededor de aquel objeto plateado, mientras los obreros halaban para que se destrabara. Finalmente, luego de algún esfuerzo, Pablo pudo tener en sus manos lo que había estado ahí guardado durante años.

En la parte superior había una pequeña cerradura que al girarla provocó que se abriera una tapa. Hubo tal silencio que por unos segundos solo se escuchaba la lluvia. Al poco rato el jefe de los obreros murmuró:

—Ingeniero, por gusto lo abrió. Hay cosas que nunca deberían ser descubiertas. ¿Usted no ha escuchado sobre la historia mítica de la caja de Pandora?

—Qué cosas dices, Jiménez. Estoy impresionado con tus conocimientos de mitología. Despreocúpate que aquí lo que veo es solo una caja polvorienta que provocará que se me desate nuevamente la alergia —contestó Pablo—.

—Bueno, yo decía por ser precavido.

—Qué va, Jiménez. Mira, son unas fotografías y un poco de cachivaches: un coro de niños uniformados, unas niñas corriendo en postas. En esta

de acá aparece una señora detrás de un grupo de chiquillos, a los que, de paso, se ve muy contentos —comentó Pablo con ironía.

—Fíjese, ingeniero, que al reverso de la que tiene en la mano está escrito algo —dijo uno de los obreros.

Por un impulso de curiosidad, Pablo giró inmediatamente la foto y se encontró con una nota que decía:

Última promoción del Colegio Particular C. J. Cela, instituto educativo que se fundó en 1980 para ofrecer una educación integral y formar ciudadanos del mundo. Cerró sus puertas el 30 de junio de 2026, pero en cada uno de sus alumnos perdurará el interés por seguir capacitándose para aprender a convivir y ser libres en este mundo gracias a la educación.

Ana Pérez, directora

—¡Qué fuerte, Jiménez, esto un día fue un colegio! —exclamó Pablo.

—No me diga, ingeniero. ¿Hace cuánto cerró? —preguntó Jiménez.

—Hace nueve años —contestó pensativo—. Bueno, ya está, que se nos pasa la mañana. Esto solo ha sido una cápsula del tiempo de un colegio que debió haber sido enterrada a más profundidad.

Terminen de retirar los escombros y preparen el terreno para que la impresora pueda trabajar.

Pablo regresó a su oficina del campamento y tiró la cápsula sobre su escritorio (¿desordenado?; sí). Tenía muchas cosas que hacer, pero la intriga por saber qué más había dentro de ese aparato no lo dejaba en paz. Se sentó un rato para observar las fotos que había encontrado. Miró detenidamente cada uno de los rostros. Se parecían mucho a los compañeros que alguna vez tuvo. «Qué buena época fue la del colegio», pensó.

De repente, recordó que tenía que hacer una llamada importante. Dijo el nombre del receptor y, mientras el celular timbraba, empezó a hurgar entre los recuerdos de esa escuela que no había revisado. Encontró el escudo bordado del plantel, un juego de naipes de los jugadores de básquet de la NBA, un globo antiestrés con una carita feliz, una libreta, una selfi de una chica sosteniendo un gato (la *polaroid* tenía una B mayúscula escrita dentro de un corazón dibujado con marcador rojo en la parte de atrás), un libro de chistes con las páginas arrugadas, la composición de una canción de despedida y un...

—¿Aló, Pablo? —exclamó Eduardo, un colega de la oficina administrativa, y luego de unos segundos de silencio—: ¿Pablo, estás ahí? ¿Me llamaste?

—preguntó, mientras Pablo seguía inmerso en las cosas que iba encontrado.

—¡El álbum del Mundial 2026! —gritó Pablo.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco, Pablo? —preguntó Eduardo.

—¡Eduardo, no te imaginas! Descubrimos una cápsula del tiempo en la construcción. El álbum del Mundial de México, Estados Unidos y Canadá estaba dentro. He retrocedido algunos años, *bro*. Nos dimos cuenta de que aquí operaba un colegio. Además, encontré...

—Sabes que ando apurado —lo interrumpió Eduardo—. Necesito hablar contigo lo más pronto posible sobre el ajuste del presupuesto para el siguiente proyecto. Avisame cuándo podemos hacer una videollamada.

—Sí, claro. Yo puedo mañana, al final de la tarde, preferiblemente. Ahora estoy en la construcción. Por favor, tú crea la reunión porque recién estoy instalando InVolve en mi computadora.

—De acuerdo, ya mismo te envío el enlace —contestó Eduardo y cerró la llamada.

Otra vez Pablo se encontró frente a su escritorio y la cápsula. Cerró el álbum y luego lo hizo a un lado para contestar unos correos pendientes antes

de verificar si ya podían empezar a fabricar la casa. Regresó a la escena del hallazgo; Jiménez le tenía una noticia:

—Al parecer, ingeniero, cuando usted abrió la tapa del cilindro se le cayó este llavero. Lo encontramos en la tierra.

—Gracias. No me di cuenta —dijo Pablo, mientras se lo guardaba en el bolsillo—. Ahora sí a trabajar, que cada minuto es una cripto o, como habría dicho mi abuelo, «cada minuto es dinero».

Fue una dura jornada; como iban con retraso, terminaron a la madrugada. Pablo llegó exhausto a su departamento. A duras penas alcanzó a sacarse los zapatos y el pantalón antes de caer rendido sobre la cama. A la mañana siguiente, luego de preparar su café, empezó a arreglar su habitación; todavía tenía cajas cerradas de la mudanza de cinco meses atrás. Pidió el pronóstico del tiempo a su asistente personal virtual. La nueva versión permite escoger el nombre, así que eligió uno que fácilmente recordaría: Nube.

—Habrá 10 grados centígrados de mínima y 38 de máxima. Mañana lluviosa, al mediodía se despejará. Saldrá el sol un par de horas y por la tarde habrá mucha humedad. En la noche se pronostica que la temperatura bajará considerablemente, por lo que caerán lluvias

persistentes con algo de granizo en la madrugada. Lo mejor es que uses paraguas cuando salgas.

—¡Qué clima tan loco! —se sorprendió Pablo.

—¿Quieres saber tu agenda de hoy? —preguntó la voz de mujer humanizada.

—Todavía no, estoy muy cansado; ponme algo de jazz. Eso me ayudará a relajarme.

Recogió el pantalón que reposaba en el piso, revisó los bolsillos antes de echarlo al cesto de la ropa sucia y dio con un llavero al que le colgaba una pequeña pelota de fútbol y un dije con la figura de un gato que tenía grabada la palabra *Bigotes* y una dirección borrosa. «¡Ah! Este es el nombre del gato de la foto», pensó.

—Pablo, tienes una llamada de Ariana —dijo Nube.

—¡Me olvidé de Ariana! —gritó Pablo—. Activa su holograma.

—Listo —contestó Nube abriendo una pantalla de luz para proyectar el video.

—¡Papi! Te olvidaste de recogerme para ir al cole —reclamó una niña de ocho años.

—Ari, amor, lo siento mucho. Ayer tuve un día muy cansado y me quedé dormido. Salgo en dos minutos; todavía hay tiempo para llegar al cole. Nos vemos en un rato.

Pablo alcanzó a tomar otro sorbo de su café antes de vestirse a la velocidad de la luz. Salió corriendo al carro con el llavero dentro de la chompa para enseñárselo a su hija. «Así se le pasará más rápido el resentimiento», pensó. Cuando llegó a su casa vio en la puerta a la mamá de Ariana señalando el reloj. Pablo le pidió disculpas con un gesto de manos juntas sobre la barbilla sin afeitado. En eso salió Ariana corriendo para treparse al carro. Claramente se le había pasado el mal rato; para ella, su papá era un superhéroe, aunque a veces Pablo no estuviese a la altura de Spiderman (*ya me vas a decir que no es tu personaje favorito de las tiras cómicas; pensarás que hay muchos mejores, pero qué quieres que te diga, para mí sí lo es*).

—¡Hola, Ari! Mira lo que me encontré.

—¡Guau, papi! ¿Dónde? —preguntó Ariana, mientras lo sostenía en su mano.

Durante el camino a la escuela, Pablo le iba contando cada detalle de lo vivido el día anterior. Claro, le puso más sal y pimienta al relato para que Ariana sintiese que su papá era una especie de pirata que había encontrado un cofre del tesoro de algún rey, cuyo barco se hundió en altamar (*que seguro se lo creería por la pinta de Barbanegra que traía*).



—Esta es una llave que abre un diario —mencionó Ariana.

—¿Un diario? Ya nadie escribe un diario. ¿Cómo sabes?

—Mamá me enseñó el suyo. Lo escribió cuando era chica —contestó Ariana.

—A ver, ¿quiere decir que tú sabes todos sus secretos? ¿Contaba sobre mí? ¿De lo guapo que me encontró cuando me conoció en el cumpleaños de su prima? Cuéntame o te haré cosquillas hasta que ya no puedas ni respiraar.

—Suéltame, papi, ¡ji, ji, ji!, que ya llegamos. Se me hace tarde, tengo que entrar.

—En la noche hablamos para que lo abramos juntos, ¿quieres? —preguntó Pablo.

—Sí. Chao, papi —dijo la niña, plantando un beso en el cachete de su padre.

El día transcurrió con normalidad para Pablo. Casi al final de la tarde se dispuso a buscar aquello de lo que le había hablado su hija en el carro. Esa libreta que había pasado por alto era el famoso diario. Miró la cerradura y pensó que la llave que encontró no le calzaría. «Dónde habré dejado ese llavero», se dijo a sí mismo buscando a alrededor. De pronto, se escuchó el golpe de una puerta.

—¿Se puede? —preguntó Eduardo metiendo la cabeza en la oficina de Pablo—. He decidido venir a verte para conversar sobre el presupuesto. Esos temas es mejor hablarlos en persona.

—Ah, sí, pasa, pasa. Adelante. Oye, pero tengo un poco de hambre. ¿Por qué mejor no vamos a la cafetería de enfrente a trabajar? —sugirió Pablo.

—Listo, ya ordeno desde la aplicación —respondió Eduardo.

Entre un tema, sándwich, otro tema y bebida les dio la noche. Pablo se había partido la cabeza tratando de que la empresa ahorrara dinero con ese presupuesto que había presentado. Debido a la crisis ambiental, existían elevados impuestos por el uso de energía no renovable. La solución estaba en usar los paneles solares al 100 % para aliviar los costos, pero no era tan sencillo por la maquinaria digital. Tres horas más tarde ya no había cómo ajustarlo más y decidieron marcharse. Pablo le pidió a Eduardo que lo acompañara a su oficina a recoger sus cosas. Le enseñó el álbum y recordaron aquel año que se jugó el Mundial en los tres países del América del Norte.

—Mira qué increíble este álbum lleno. Tiene unas figuritas repetidas sueltas en las páginas de las selecciones de Suiza, Canadá, Japón, Polonia y